

CUANDO LOS NIÑOS DICEN ¡BASTA!

Fundación Germán
Sánchez Ruipérez

Francesco Tonucci

Cuando los niños dicen ¡basta!

Traducción de Mario Merlino



Colección dirigida por Felicidad Orquín

Coordinación editorial y edición: Mariángeles Fernández

Maquetación y producción: Jorge Bermejo Rodríguez

Diseño de cubierta: Juan Ramón Alonso

“Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio o procedimiento, comprendida la reprografía y el tratamiento informático, sin la preceptiva autorización.”

Título de la edición en italiano:

Se i bambini dicono: adesso basta!

Gius. Laterza & Figli Spa, Roma-Bari, 2002

© Francesco Tonucci, 2002

© De la traducción Mario Merlino, 2002

© De la edición en lengua española excepto para Argentina, Chile, Paraguay y Uruguay:

FUNDACIÓN GERMÁN SÁNCHEZ RUIPÉREZ, 2003

Centro de Madrid: Paseo de Eduardo Dato, 21. 28010 Madrid

ISBN 84-89384-44-4

Depósito legal: M-

Printed in Spain

Impreso en Eurocolor, c/ Tuercas, 1, Pol. Ind. Santa Ana.

Rivas Vaciamadrid (Madrid)

*A los niños de Altino, Alvito, Arezzo,
Buenos Aires, Carpi, Casoli, Córdoba (Argentina),
Corigliano Calabro, Correggio, Cremona,
Fano, Florencio Varela, Gabicce,
Gradara, Granollers, La Plata, La Spezia,
Mar del Plata, Nápoles, Palombaro, Pesaro,
Piombino, Reggio Emilia, Reus, Roma,
Rosario, San Giorgio a Cremano, Scandicci,
Viareggio, porque he escrito este libro basándome
en sus palabras e ideas, y a todos
los demás niños que comparten las protestas
y las propuestas de estos que los representan.*



Presentación

Queridos niños

A las niñas y los niños que ayudaron a escribir este libro (pero también a todos los que deseen unirse a ellos).

Queridos niños:

Al leer “vuestro” libro me ha sorprendido sobre todo el hecho de que os veáis obligados a pedir a los “mayores” justamente las cosas que nosotros, los adultos, algunos tal vez ya ancianos, hemos recibido en gran medida durante nuestra infancia.

Cosas que hemos obtenido gratuitamente y que tampoco éramos conscientes de que las teníamos. Hemos jugado en patios sin coches, hemos ido siempre solos a la escuela y, durante la primavera y el verano, éramos precisamente los dueños de las plazas y de las calles.

Ya crecidos, nos hemos olvidado de que alguna vez también fuimos pequeños.

Entonces debéis recordar a los mayores que se han vuelto importantes (padres, profesores, el alcalde e incluso el presidente de la Comisión Europea) que es necesario reflexionar sobre todo esto justamente para intentar que algo cambie.

Para dar grandes pasos adelante, no hace falta organizar una revolución, sino que basta con reunirse y, en conjunto, pensar

en los problemas y las necesidades que simplemente se han olvidado.

¿De qué sirve hacer casas cada vez más bonitas (y cada vez más grandes), si los niños están cada vez más solos, si ya no pueden reunirse con otros niños, si sólo son “llevados y recogidos” por los adultos a horas fijas y siempre pendientes del reloj? ¿De qué sirve jugar juntos si esto lleva a una competición cada vez más estimulada y organizada por los adultos?

Podrían hacerse muchas otras preguntas de este tipo y vosotros dais de ellas un ejemplo sencillo y directo en este libro. Por ello debéis seguir “protestando”, diciendo “¡esto se acabó!” e interrogando siempre. Pero debéis hacer las preguntas bien, es decir, que correspondan a vuestras auténticas necesidades y no a las que sugieren los adultos.

Muy a menudo me da la impresión de que los niños no expresan sus deseos, sino los que sugieren los adultos. Y, siendo así... ya no se entiende nada...

Vuestras preguntas pueden ayudar a los adultos a buscar otras salidas. Los ayudan ante todo a pensar en el futuro (incluso en un futuro lejano), soportando hoy cualquier esfuerzo o concesión que permita mañana a todos vivir más sanos en una sociedad mejor. Los ayudan a construir una ciudad “a la medida del niño”, que llegue a ser un ámbito en el que a todos les resulte más fácil vivir. Una ciudad en la que convivir con los compañeros enseñe cada día a ser solidarios con los demás.

Son preguntas importantes incluso para la tarea que estoy desempeñando en este período: intentar ayudar a construir una Europa, una Europa incluso rica en la que, no obstante, los ciudadanos (¡vosotros también, en consecuencia!) se sientan responsables con respecto a las mujeres y los hombres, las niñas y los niños, de los países más pobres y más necesitados. En la que nos demos cuenta finalmente de que, para vivir bien en un mundo que se ha vuelto cada vez más pequeño, hace falta respetarse y apoyarse mutuamente.

Y todo esto no implica un retorno al pasado, sino crear las condiciones para que todas las cosas nuevas (incluso internet) se pongan verdaderamente al servicio de una vida mejor para todos.

Debéis hablar de estas cosas –y mucho– con vuestros amigos: a menudo estáis demasiado solos y por ello perdéis vuestra alegría.

Pedidle sólo a los mayores que os dejen estar juntos (en la ciudad, en la plaza, en vuestra casa) y que os ayuden así a crecer más felices.

ROMANO PRODI
Presidente de la Comisión Europea
15 de agosto de 2002

Agradecimientos

Agradezco a las compañeras Antonella Prisco y Antonella Rissotto por haber leído y corregido las diversas redacciones de este libro. Antonella Rissotto, además, se ocupó de la bibliografía y Antonella Prisa del Apéndice 3.

Agradezco a Reggio Children por haberme permitido utilizar las hermosas frases de los niños recogidas en el libro *ReggioTutta*.

Índice

Presentación, por Romano Prodi	9
Introducción	17
Para ser felices	31
El derecho al juego	47
Dónde se puede jugar	55
No tenemos sitio	63
Jugar gratis	69
Sin entrenador	73
Un día para jugar	79
Solo	85
Jugar seguros	93
Mejor los abuelos	101
A pie	109
La bicicleta es más democrática	123
A la escuela vamos solos	133
Las ciudades son pedazos de mundo	153
Una acera para la familia	161
Muchas plazas	165
Si construís, no podemos jugar	173
Las casas están cerca porque los amigos deben estar cerca	177
Los niños también existen	183
Un concejal para nosotros	199
Espacios para comunicar	207
Adultos más infantiles	213
Escuela y no escuela	217
Derechos y deberes	227
Me sentí responsable	231
Un alcalde para los niños	237
Conclusiones. Apuntes para una nueva cultura de la infancia	243
Apéndices	
1. De 1991 a hoy, de Fano a Roma: el proyecto, la red	268
2. Convención internacional sobre los derechos del niño ...	286
3. Las ciudades de los niños de este libro	292
Bibliografía	295

“Ya no basta con ofrecer servicios a los niños: debemos devolverles las ciudades”.

Romano Prodi

“Los personas mayores nunca comprenden nada por sí solas y es cansador para los niños tener que darles siempre explicaciones”.

Antoine de Saint-Exupéry

“Somos los niños del mundo. Somos los niños de la calle. Los niños de la guerra. Las víctimas y los huérfanos del sida. Somos los niños cuyas voces no son escuchadas. Ha llegado ya el momento de que nos escuchéis”.

*Gabriela Azurduy Arrieta, 13 años, Bolivia.
Inauguración de la Sesión especial de la ONU
para la infancia reunida en Nueva York,
9 de mayo de 2002.*

Introducción



FRATO'02

Los niños ya no dicen “¡basta!” y mucho menos “¡ya basta!”: saben que éstas son frases propias de los mayores. “¡Ya basta!” es la frase típica de los educadores, de los policías municipales, de los padres para interrumpir las actividades preferidas de los niños, su recreo, sus juegos, su tiempo de ocio, y obligarlos a experiencias menos agradables y deseadas como las clases, los deberes o el sueño. El niño sabe que se le permiten y le resultan eficaces otros instrumentos para expresar su desacuerdo con algo: el capricho, el llanto, el mutismo, el rechazo del alimento, o bien los melindres, el chantaje. Muy a menudo el niño obedece y se asegura así la aprobación de los mayores. Pero casi siempre estas actitudes ocultan un “¡basta!” reprimido, inexpresado, inexpresable, que fascina al niño y le produce miedo. Sabe que querría decirlo y no puede.

Todos los “¡basta!” contenidos representan una carga explosiva, peligrosa, que cada niño lleva dentro de sí, que podría incluso producir daños, pero que puede convertirse en un recurso creativo y participativo formidable. Que sean una u otra cosa depende exclusivamente de los adultos.

Los mayores pueden poner a los niños en condiciones de decir “¡basta!”, pero sólo lo harán si comprenden que vale la pena, que conviene dar la palabra a los niños para comprender juntos lo que ellos desean, lo que necesitan. Entonces dejarán a un lado los errores, tantas de esas cosas que los adultos han olvidado, aquello que impide a los más pequeños expresarse y

crecer. El niño que dice “¡basta!” lo hace con urgencia, con prisa, casi con avidez: él es niño por poco tiempo y en ese poco tiempo le resulta imprescindible hacer lo necesario para su desarrollo. Por ello su “¡basta!” es siempre “¡ya basta!”, ahora, inmediatamente. Para él los pretextos de los adultos, que son capaces de darse largos plazos hasta frente a las mayores urgencias y calamidades¹, no valen. Si lo que él dice es justo, si se lo reconoce y se lo acepta, hay que tenerlo en cuenta de inmediato y de inmediato disponer los cambios necesarios.

Para todos los pequeños (en edad, en fuerzas, en recursos, en posibilidades, en poder) el tiempo es incierto. Para ellos el futuro es una posibilidad y no una certeza, por lo que intentan obtener ya, inmediatamente, todo lo que es posible, sin confiar en las garantías del mañana. El niño no sabe esperar: en los primeros meses, porque no conoce el tiempo: después, porque no tiene confianza en el tiempo. El tiempo de los niños es administrado por los adultos y en ellos no siempre se puede confiar. Los mayores siempre dicen “después, mañana”. Los niños aprenden pronto a decir “ya, ahora mismo”. Saben que lo inmediato es seguro; ya buscarán la forma de conseguir, tal vez, lo que surja más adelante. Es típica la estrategia de los niños cuando piden algo que desean: un programa televisivo, un helado, un juguete. Si el adulto pregunta: “¿Prefieres tu hora de televisión ya o un poco ahora y otro poco más tarde? ¿El helado ya o dentro de una hora?”, casi siempre el niño responderá: “¡Ya!”, tanto porque es ahora cuando lo desea, como porque sabe que después tal vez tenga que hacer otras concesiones.

El adulto, en cambio, organiza el tiempo contando con el futuro, pero sólo porque lo tiene asegurado. Tiene cuenta en el banco, la tienda bajo su casa, los alimentos en el frigorífico, la póliza de seguros, el armario, el cambio de estación. Para él el futuro es seguro. Para los niños, los débiles, los pobres, existe sólo el presente y se sienten perdidos si se los priva de él².

¿A quién le conviene?

Confiar en los niños, pedirles ayuda, no es fácil. Es un gran compromiso, un riesgo notable, porque los niños son exigentes y no pueden ser engañados. Pueden confiar en los niños sólo aquellos que están convencidos de que merece la pena y que no existen soluciones mejores y más seguras para salir de las contradicciones de nuestra vida contemporánea. Le conviene, pues, a todos aquellos que están sinceramente insatisfechos con la situación actual: a los padres que se dan cuenta de que no basta el bienestar económico para vivir una buena relación con sus propios hijos; a los educadores que no se resignan a una escuela no deseada y a menudo rechazada por sus alumnos; a los administradores que no pueden aceptar una ciudad en la que no se vean en las calles niños, ancianos, minusválidos, porque los adultos conductores de automóviles las han transformado en propiedad privada. Para todos ellos, trabajar con los niños es un recurso importante y muy innovador, que puede reconstruir la esperanza en el futuro y el deseo entusiasta de realizar el cambio. “Salvemos a los niños para salvar la esperanza de la humanidad”, ha dicho el Papa en su mensaje de Navidad de 2001.

Pero ¿vale la pena? ¿Cuánto cuesta desplazar hacia los niños la atención y el interés de la ciudad? ¿Cuánto cuesta invertir en la infancia? La respuesta la ha dado Kofi Hannan el 8 de mayo de 2002, en Nueva York, al abrir la Sesión especial de la ONU para la infancia: “¿Cómo podremos fracasar, sobre todo ahora que sabemos que cada dólar invertido en el mejoramiento de las condiciones de la infancia tiene un beneficio para la sociedad de unos 7 dólares?”.

La palabra a los niños

Dar la palabra a los niños no significa hacerles preguntas ni hacer que responda quien levanta la mano primero. De este modo se recogen casi exclusivamente lugares comunes y estereotipos,

es decir, lo primero que nos viene a la cabeza, y se suscita entre los niños una fuerte competencia: el que sabe responde el primero. Dar la palabra a los niños significa, en cambio, crear una situación propicia para que se expresen.

Para expresarse, los niños deben poder razonar sobre cosas que conocen directamente, que forman parte de su vida. No pueden dar su punto de vista sobre la historia lejana o sobre países y problemas que no conocen, pero sí sobre la vida del barrio, de la ciudad en la que viven, sobre sus necesidades, sobre sus deseos. Es importante implicarlos en problemas sobre los cuales todos tienen algo que decir y no sólo los mejores del colegio.

Deben ser puestos en las condiciones adecuadas, sin prisa, sin controles, sin preocupaciones, sin temor a equivocarse, a decir tonterías, a ironizar, precisamente como lo hacemos los mayores³. Con la posibilidad de elegir el medio más adecuado: la palabra, el dibujo, el texto escrito, el proyecto, etcétera.

Para que los niños puedan expresarse, y tengan el deseo de hacerlo, hace falta que los adultos sepan escuchar. Esto no significa solamente disponerse a escuchar, sino también intentar comprender, dar valor a las palabras, a las verdaderas intenciones de quien habla. Todos los niños hablan, pero no siempre los adultos son capaces de recoger el mensaje. Especialmente los niños que hablan poco y se expresan mal tienen, sin duda, cosas importantes que decir y sólo esperan adultos capaces de escucharlos y de comprenderlos.

Escuchar significa colocarse de su lado, estar dispuestos a defender sus posiciones y sus requerimientos. Cuando los niños comprenden esto, todo se vuelve más claro y más fácil. El adulto no pregunta para ver quién es el mejor y hasta qué punto lo es, sino porque está convencido de que los niños pueden ayudarlo. Entonces la palabra deja de ser sólo un derecho por el cual vale la pena levantar la mano primero y reivindicar su propiedad, sino que se convierte en un deber, la motivación crece y

los niños estarán con nosotros, serán nuestros aliados. Cuando digan “¡basta!” lo harán en nombre de todos, no sólo de todos los niños, sino también en nombre de todos los adultos que deberían decirlo y no tienen el valor de hacerlo. Como en la fábula, el niño sigue siendo hoy, probablemente, el único que puede decir: “El rey está desnudo”, y romper el muro de adulación y de servilismo con el que los mayores defienden sus posiciones, incluso las más discutibles.

Escuchar significa tener necesidad de la contribución del otro. No basta con estar interesados, motivados, convencidos de que es una buena técnica para implicar a los niños: hay que sentir sincera y urgentemente su necesidad. Lo importante es necesitar a los niños. Ésta es la primera y verdadera condición para que se pueda dar la palabra a los niños: reconocerlos capaces de darnos opiniones, ideas y propuestas útiles para nosotros, los adultos; capaces de ayudarnos a resolver nuestros problemas. Si esto llega a producirse, la relación con ellos será correcta, entre ciudadanos adultos y ciudadanos niños, pero ciudadanos ahora. Si no, podremos hacer regalos a los niños, pasar con ellos momentos simpáticos y divertidos (especialmente para nosotros), pero seguirán estando excluidos de sus derechos, porque seguirán siendo “futuros ciudadanos” o, si se prefiere, “menores”.

Once años de experiencia

Hace once años que los niños participan del proyecto “La ciudad de los niños”⁴. De Fano⁵ el proyecto pasó a una red de ciudades italianas y extranjeras. Los niños presentaron propuestas en el Consejo de los niños, en las experiencias de Planificación compartida, en sus intervenciones en los Consejos municipales⁶. Se los escuchó muchas veces, muchas veces los adultos discutieron sus denuncias y propuestas, tomaron conciencia de errores y

olvidos y promovieron nuevas decisiones, acciones administrativas favorecedoras de determinados cambios. Las propuestas proyectivas de los niños, gracias incluso a la competencia de los adultos que trabajaron con ellos, se realizaron algunas veces con satisfacción por parte de los mismos adultos, además, obviamente, de los pequeños autores, de sus amigos y sus familiares.

A menudo, sin embargo, no se les prestó la debida atención. Mejor dicho, las aceptaron y apreciaron, como suele hacerse frente a las contribuciones de los niños, pero no llegaron a realizarlas. Éste es el peor comportamiento y, sin embargo, el más común en la relación entre adultos y niños. Se comienza sólo ahora a hablar del riesgo de la decepción: pedir a los niños que propongan y no tenerlos en cuenta produce una grave decepción, que hace perder valor a lo requerido⁷.

Creo que lo más grave es la pérdida, por parte de los adultos, de una gran oportunidad. Los niños están habituados a que no se los escuche o a que se los admire sin tomarlos en serio, así que no los sorprende ni los decepciona excesivamente el desinterés de los adultos. Pero si alguna vez sucediese que, habiendo presentado una propuesta, ésta se tuviese en cuenta y se realizase, se habría producido el “milagro”: esos niños sentirían con orgullo su condición de ciudadanos y tendrían muchas ganas de hacerse mayores para seguir defendiendo y mejorando su ciudad.

Si se reflexiona sobre la difícil relación con las jóvenes generaciones, sobre cómo y hasta qué punto se sienten a menudo extrañas y hostiles respecto de los adultos, de sus instituciones, de sus ciudades; si se piensa en sus duros e inquietantes mensajes de agresividad o de fuga, del vandalismo a la droga; si se analizan estos asuntos, se comprenderá mejor el valor que pueden tener estas experiencias de participación infantil y el error que comete el adulto, el administrador, el educador, si no cumple con las promesas hechas⁸.

Un niño del Consejo de los niños de Fano, haciendo un balance del primer año de experiencia, dijo: “Cuando conocí los

problemas de la ciudad y comprendí que podía hacer algo, me sentí responsable”. Y un pequeño compañero suyo: “Al principio parecía una experiencia aburrida, como siempre, y no me interesaba mucho, pero después vi que muchos deseos se realizaban, así que me reproché mi primera actitud”⁹. ¡Una buena lección para nosotros, los mayores!

Las propuestas de los niños

He recogido, en estos once años de trabajo en el proyecto “La ciudad de los niños”, gran parte de las propuestas sobre las que se ha construido este libro. Muchas provienen de la experiencia de Fano, en la cual coordiné el Consejo de los niños durante siete años seguidos y donde acompañé varias experiencias de Planificación compartida; las últimas provienen del nuevo Consejo de los niños que coordino en Roma desde finales de 2001. Pero también las he recogido en las diferentes ciudades italianas, españolas y argentinas a las que fui llamado para promover el proyecto. Siempre que he podido, he solicitado un encuentro con el Consejo de los niños¹⁰. Son, pues, en su mayoría, frases escuchadas personalmente y discutidas con los niños.

Son, a menos que se señalen diferencias peculiares, propuestas de niños de seis a once años que participan en el Consejo de los niños y en la mayor parte de las experiencias de Planificación compartida promovidas por el proyecto.

No son, por tanto, todas las propuestas posibles que los niños están en condiciones de expresar. Son una opción personal que, más que dar un panorama completo de las ideas infantiles, quiere ayudar a los adultos a comprender a los niños; a colocarse, frente a sus palabras y sus propuestas, con una actitud de curiosidad, de interés y disponibilidad.

Si a veces parecen frases excesivamente agudas o eficaces como para que las hayan expresado niños tan pequeños, piénsese al

menos en dos cosas. La primera es que, demasiado a menudo, los adultos piensan lo que dice Alicia: “Los adultos, casi todos, creen que los niños son tontos”¹¹, algo que es profundamente falso y que, para tener una prueba de ello, basta con habituarse a escuchar a los niños después de haber creado las condiciones propicias para que se expresen. La segunda es que algunas de estas frases surgen de modo extemporáneo, pero la mayor parte nace en contextos participativos de larga duración, con fuertes motivaciones y adecuados estímulos (los adultos escuchan de verdad y están dispuestos a tenerlas en cuenta), y esto produce un alto compromiso de los niños, que tienden a dar lo mejor de sí mismos (porque vale la pena hacerlo).

Cada lector, en su propia familia, en la propia escuela o en la propia ciudad, podrá recoger otras frases, enriquecer este muestrario de ideas, si se interesa en demandarlas y pone a los niños en condiciones de producirlas.

El “campo” de los niños

Los niños son capaces de intervenir, expresando opiniones y presentando propuestas sobre todos los problemas de la ciudad, porque también ellos los viven como cualquier otro ciudadano y desde su particular punto de vista, que es por lo común más “bajo” y más ignorado que los otros¹².

Dos niños del Consejo de los niños de Roma dicen: “Somos niños y vemos la ciudad de manera distinta que los adultos”; “los niños están más preparados sobre la ciudad y sobre los barrios”.

Naturalmente, sin embargo, los niños serán más exhaustivos, precisos y competentes cuando hablen de aspectos más próximos a sus necesidades y a sus intereses y deseos. No debe sorprender, por tanto, que muchos capítulos de este libro estén dedicados al juego, a sus condiciones, a sus características, sien-

do ésta la ocupación más importante, más elevada y necesaria de la infancia y probablemente de toda la vida del hombre. Aquella que, después de haberla reconocido y defendido con el artículo 31 de la Convención internacional sobre los derechos del niño¹³, los adultos deberían reconocer como un deber ante los niños: los niños que no juegan, o que no juegan bien ni lo suficiente, no serán buenas mujeres ni buenos hombres adultos, ni buenos padres, ni buenos maestros, ni buenos trabajadores, ni buenos administradores.

En las últimas décadas, las ciudades se han modificado totalmente y de manera equivocada al adoptar como parámetro fundamental el trabajo de los adultos. La vivienda, la circulación, la salud, la diversión, el gasto se rigen por las pautas de un adulto trabajador. Como prueba de ello basta con pensar en el poder que tiene hoy el coche privado en la vida y en las características funcionales y estructurales de una ciudad.

Probablemente se podría restituir vida y calidad a nuestras ciudades si se emprendiese un nuevo camino basado en un proyecto que asuma como parámetro el juego de los niños. Pensar la vivienda, la circulación, la salud, la diversión, el gasto, naturalmente de todos, a la medida de un niño que tiene el deber de jugar.

Las propuestas de los niños tienen el defecto de ser sencillas y de parecer obvias, triviales, incluso tautológicas. Atención: ¡es un truco, es una trampa! Es una estrategia típica de los niños pedir poco, para tantear el terreno y captar la actitud de los adultos, especialmente en campos poco usuales (como el de la ciudad) o que se suponen “de riesgo”. Puede extraerse un ejemplo interesante de la educación sexual. Una típica pregunta del niño a su madre embarazada es: “mamá, ¿dónde está el niño?”. Una interrogación en apariencia trivial, si no tonta, dado que el “dónde” es claramente visible. Del mismo modo que el tema es “delicado” y suele pillar a los adultos desprevenidos, y está previsto que los niños puedan hacer preguntas tontas, el adulto se siente muy feliz al cerrar el riesgoso tema respondiendo puntual

y francamente: “el niño está en la barriga de mamá”. El niño se muestra satisfecho; ha tenido, en efecto, la respuesta que buscaba, no tanto a la pregunta como a algo mucho más importante: qué estaban dispuestos a decir sus padres. Ha comprendido que esta disponibilidad no existe y se cuidará mucho de seguir preguntando y haciendo que se sientan incómodos esos mayores para él tan importantes. Buscará en otra parte, como hemos hecho todos, entre amigos mayores, en las historietas, en los libros, en la televisión o tal vez en internet, la respuesta a las verdaderas preguntas que siempre han inquietado al niño en relación con este tema: “¿Cómo entró ese niño en la barriga de mamá? ¿Quién lo puso allí? ¿Qué función cumple papá? ¿Y por dónde saldrá al exterior?”. Sabe que son preguntas pesadas y entonces hace una ligera. Si el adulto comprende lo que oculta esta pregunta, aprovechará para contar las cosas importantes; si no, se defenderá limitándose a la respuesta previsible.

Las propuestas de los niños nos parecen triviales porque hemos perdido el sentido de la realidad, de las cosas sencillas, de las importantes. Un niño de Ponticelli, barrio periférico de Nápoles¹⁴, dice: “Los niños deben jugar donde pueden jugar”, y uno de Fano repone: “No es justo que los niños deban pagar para jugar”. Parecen trivialidades, pero son conceptos profundos y comprometedores, como veremos en las próximas páginas. El problema es que el adulto debe saber descubrir lo que se esconde bajo las frases sencillas de los niños y extraer de ellas todas las consecuencias posibles y los posibles beneficios. Es preciosa para el adulto la óptica baja, analítica, minuciosa del niño, pero debe saber remitirla con valor a la gran dimensión de la ciudad, traducirla, adaptarla, transformarla en línea programática y proyectiva. Esto no les compete ni les interesa a los niños, porque es función de quien tiene el poder de decidir y de hacer. Entonces se comprende claramente que no se trata de dejar contentos a los niños, sino de cambiar algo en nuestras familias, dentro de la escuela, en la ciudad en su conjunto.

Notas

1. Piénsese, por ejemplo, en los acuerdos internacionales sobre el ambiente que, frente a peligros considerados catastróficos, como los del efecto sierra y del agujero de ozono, producidos en un período breve y reciente, proponen medidas de reducción, por otra parte parcial, del uso de las sustancias nocivas durante diez años.
2. Esta reflexión me hizo recordar, paradójicamente, el libro de Primo Levi *Si esto es un hombre* (traducción castellana de Pilar Gómez Bedate, Barcelona, El Aleph Editores, 1987), en el cual el autor contaba cómo los prisioneros del campo de concentración habían perdido completamente su confianza en el futuro, incluso el inmediato, y preferían, por ejemplo, devorar su pan enseguida, antes que hacerlo durar unas horas, como lo hacían, en cambio, los prisioneros menos avezados.
3. Piénsese, por ejemplo, en la técnica del *brain storming*, por la cual el mundo de la publicidad está dispuesto a invertir notables recursos económicos: se trata de poner alrededor de una mesa a personas de alto nivel profesional, profundamente diferentes entre sí, para que digan lo que quieran sobre un tema determinado, con la máxima libertad posible, confiando en que de esta “tormenta de ideas” puedan nacer las nuevas ideas para nuevos eslóganes, para nuevas campañas.
4. Para un conocimiento de las características teóricas y metodológicas del proyecto y para el conocimiento de las primeras experiencias véase Francesco Tonucci, *La ciudad de los niños: un modo nuevo de pensar la ciudad*, traducción de Mario Merlino, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1998. Para conocer sus líneas generales y los desarrollos del proyecto hasta hoy véase el Apéndice 1 de este libro.
5. Ciudad en la cual se inició, en 1991, el proyecto “La ciudad de los niños”, del que fui director científico.
6. Para la metodología de la Planificación compartida con los niños y para los Consejos de los niños, véase el Apéndice 1.
7. P. Tué, «Gli interverte visti dai bambini», en C. Baraldi, G. Maggioni (edición de), *Una città con i bambini. Progetti ed esperienze del Laboratorio di Fano*, Roma, Donzelli, 2000, pp. 101-121.
8. Este panorama no pretende representar el mundo juvenil que hoy, a veces, está en condiciones de expresar formas apasionadas de voluntariado o de participación en movimientos ecologistas, antiglobalización, etc., sino sólo subrayar la dificultad de relación entre las diferentes generaciones y la validez de las propuestas de implicación directa de los niños y los jóvenes en la vida pública de la propia ciudad.
9. Véase el capítulo “Me sentí responsable”.
10. En realidad, siempre he solicitado dos cosas: reunirme con los niños y también con el alcalde y el pleno municipal. En muchas ciudades italianas y extranjeras, de Palermo a Buenos Aires, de Rosario a Cremona, de Arezzo a Roma, he tenido la posibilidad de realizar “seminarios de pleno”, en los cuales los políticos y los técnicos han deliberado conmigo sobre el proyecto “La ciudad de los niños” y sobre cómo podría desarrollarlo eficazmente la ciudad.

11. Véase el capítulo “Me sentí responsable”.
12. El niño representa lo diverso, lo alejado del modo de pensar, de valorar y, por tanto, de planificar, del adulto. Podemos incluso decir que el niño es lo “más diverso” de nosotros, adultos productivos, y representa todas las diversidades de sexo, de edad, de renta, de capacidad, de raza, de religión. Quien aprende a comprender a los niños se abre a todos.
13. Promulgada por las Naciones Unidas en Nueva York el 20 de noviembre de 1989, fue adoptada por el parlamento español el 26 de enero de 1990 y ratificada el 6 de diciembre del mismo. Italia la ratificó mediante la ley nº 176 de 1991.
14. En el Apéndice 3 se describen brevemente las ciudades de donde proceden los niños cuyas frases se citan.